

Stephanie Lehmann

La tienda vintage de Astor Place

DOS ÉPOCAS, UNA MISMA CIUDAD, DOS MUJERES UNIDAS
POR SU PASIÓN POR LA MODA

Traducción

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

Título original:

ASTOR PLACE VINTAGE

Diseño e imagen de cubierta:

OPALWORKS

Fotografía de la autora:

CHARITY DE MEER

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 /93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© STEPHANIE LEHMANN, 2013

© de la traducción: JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL, 2014

© MAEVA EDICIONES, 2014

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 978-84-15893-29-5

Depósito legal: M-7040-2014

Preimpresión: MT Color & Diseño S.L.

Impresión y encuadernación: Huertas, S.A.

Impreso en España / Printed in Spain

En recuerdo de mi padre



MARTES

12 DE JUNIO DE 2007



AMANDA

El bloque de apartamentos donde habíamos quedado se llamaba Stewart House. Era una torre de ladrillo blanco de la calle 10, cerca de Broadway, construida en los años sesenta. Yo había pasado muchas veces, pero sin entrar. En comparación con sus balcones corridos, su rotonda de acceso y su vestíbulo con lámparas de araña, mi edificio, situado a pocas manzanas, parecía prehistórico; excepto el alquiler, que bien moderno era.

Quince plantas más arriba, al fondo de un pasillo largo con pósteres enmarcados de exposiciones impresionistas, esperaba en la puerta un hombre descalzo vestido con vaqueros y camiseta. Me pareció un cuarentón aferrado a su espíritu de veinteañero, aunque quizá solo me veía reflejada en él; daba la casualidad de que era mi cumpleaños, y no me emocionaba mucho cumplir treinta y nueve.

—Vengo a ver a Jane Kelly —dije—. Hablamos por teléfono de unos vestidos.

—Pasa.

Me dejó entrar, y aprovechó para darme un repaso. No sé si lo que vio fue de su gusto. A saber. A mí él me pareció atractivo, aunque no era mi tipo: pelo negro, moreno, con barba... No era yo muy de vello facial. Rascaba demasiado.

Me llevó a una sala de estar muy ordenada, con muebles daneses de teca, una mesa de centro en forma de ameba y una silla de respaldo curvo que bien podía ser una Eames original. A un marchante de muebles se le habría caído la baba. Yo, sin embargo, no estaba allí por las mesas ni por los sillones. En un

rincón había una mujer menuda, de pelo gris, poco abundante y lacio. Estaba encorvada ante una mesa, muy atenta a la pantalla de un ordenador.

—¿Abuelita? Ha venido alguien por lo de la ropa.

Qué rara sonaba la palabra «abuelita» en un adulto. Claro que, con una abuela de esa edad, él ya podía ser de un club de jubilados... ¿Vivirían juntos? Tal vez fuera un buen nieto que se ocupaba de ella. O un simple gorrón.

—¿De la tienda de segunda mano? —preguntó ella, atenta a la pantalla.

Yo prefería «tienda de ropa vintage», pero lo pasé por alto.

—Amanda Rosenbloom, de la tienda vintage de Astor Place.

¿No me había pedido que viniera?

—Él ya quería llamar al Ejército de Salvación —dijo la anciana, desplazándose con el ratón por la portada de NYTimes.com—. Increíble, ¿no?

El nieto levantó el pulgar y se fue. La anciana no se giró. Miré por la ventana de tres hojas. Estaba orientada al norte, sin sol directo, pero al ser un piso alto tenía vistas espectaculares de Union Square, el Flatiron, el Empire State Building...

—Qué vista más bonita —señalé.

Seguía sin girarse. Carraspeé y di un paso. Ella pulsó en las necrológicas. Quizá estuviera un poco sorda. Me acerqué y levanté la voz.

—¿Quiere enseñarme lo que tiene?

—No entiendo que se pueda vivir de este negocio. —Clicó en un titular sobre la muerte de Mr. Wizard, un personaje de un programa científico de la tele de los años cincuenta—. ¿Cuánta ropa vieja se puede vender en un día?

Di el silencio por respuesta. Al final se giró y me miró a través de sus gafas. A continuación se incorporó, apoyando en el respaldo de la silla una mano huesuda y llena de manchas. Qué frágil. Demasiado flaca. No le quedaba mucho tiempo. Pensé sin querer en esqueletos.

—Me estoy deshaciendo de todo —aclaró mientras agarraba un bastón de metal que estaba apoyado en la mesa—. Cáncer. No pueden hacer nada. Al menos es lo que dicen.

–Lo siento.

Por desgracia, una parte de mi profesión consiste en desposeer a mis clientes de sus pertenencias cuando se acerca el final.

–No es ninguna tragedia. A mi edad... Noventa y ocho –anunció con orgullo–. De todos modos –añadió amargamente–, tenía la esperanza de llegar a los cien.

El punto de vista de la señora Kelly daba otra perspectiva a mi problema con la edad, para qué negarlo.

–Voy a enseñarle lo que tengo –indicó. Hay algunos vestidos de alta costura. Un Rudi Gernreich. ¿Sabe lo que cuesta encontrarlos? ¡El Ejército de Salvación!

–Tendré que hacer una selección de lo que se pueda revender. –Dejé mi bolso *hobo* en la mesa de centro–. Y luego podremos acordar el precio. –Salí con la señora Kelly de la sala, dando pasos cortos, como de bebé, para no adelantarla. Me he fijado en que el edificio se llama Stewart House. ¿Es por los grandes almacenes?

–Sí, los grandes almacenes A.T. Stewart estaban justo aquí; claro que cuando nací ya habían cerrado y los había ocupado Wanamaker's.

–Pero Wanamaker's estaba al otro lado de la calle...

Lo dije muy segura. La estación de metro de Astor Place había tenido una salida directa al establecimiento. Ahora daba a un Kmart.

–Ese edificio lo agregaron más tarde –aclaró ella–. El original era este.

–Anda. –Me reproché mi error–. No sabía que hubiera habido dos edificios.

Era una usuaria compulsiva de Google, y el tema favorito de mis búsquedas era la historia de Manhattan, en especial los comentarios sobre lo que había ocupado en su momento cada lugar.

–Lo llamaban el Palacio de Hierro. Se incendió en los años cincuenta. Un edificio tan bonito, y de la noche a la mañana ya no estaba...

Me imaginé las llamas ascendiendo hacia el cielo justo donde estábamos.

—Y ahora casi nadie sabe que existió Wanamaker's, y no digamos A. T. Stewart.

—¿Por qué iban a saberlo? —Abrió las dos puertas plegables de su armario. Había mucha ropa esmeradamente colgada en perchas de madera—. Aparte todo lo que se pueda vender a buen precio y luego hablamos.

Volvió con paso inestable a la sala de estar.

Un aspecto un poco raro de mi profesión: «ropa vintage» es un eufemismo para no decir «ropa que ha llevado gente que probablemente ya esté muerta». A diferencia de otras antigüedades, la ropa ha envuelto a un ser humano de verdad; ha estado pegada a su piel, ha absorbido su sudor y calentado su cuerpo. Yo tendía a olvidar esas fantasmagóricas asociaciones cuando analizaba la posible mercancía. La emoción del cazador se adueñaba de mí al ir examinando prendas con la esperanza de descubrir algo valioso, excepcional.

En su época, Jane Kelly había sido una mujer muy elegante. Costaba imaginarse los vestidos de las perchas colmados por su cuerpo consumido. Aparté algunas prendas de diario de los años cuarenta y cincuenta que se venderían bien. A juzgar por la estupenda colección de vestidos de cóctel de los sesenta, los ingresos de Jane habían crecido al mismo ritmo que su vida social.

El Rudi Gernreich era una maravilla: un vestido *mod* de punto, de línea evasé, hasta el suelo, que estaba como nuevo. El cuerpo era de cuadraditos negros sobre fondo morado y tenía un escote bajo en «U». A partir del talle imperio, y hasta las rodillas, el estampado era el mismo pero más grande, y desde las rodillas hasta el bajo, se invertía: cuadros morados sobre fondo negro. Muy *mod*, muy *Op Art*. Se podía vender fácilmente por quinientos o seiscientos dólares.

Encontré un vestido entallado muy *sexy* que, a primera vista, parecía de mi talla. El azul marino podía adecuarse muy bien a mi piel clara y mi pelo negro. Decidí regalármelo, siempre y cuando llegara a un acuerdo con la señora Kelly. Sería perfecto para mi cena de cumpleaños. Unos *peeptoos* blancos, un pintalabios carmesí y una laca de uñas a juego completarían el look.

Después de mirarlo todo y hacer mi selección, calculé una cantidad que esperé que pareciera alta. En caso de insistencia por parte de la señora Kelly, llegaría a los mil trescientos por el lote completo. Me llevé unas cuantas pilas de ropa a la sala de estar. La señora Kelly estaba en el sofá, con los ojos cerrados y la boca abierta. Como no sabía muy bien qué hacer para despertarla, actué como si ya lo estuviera.

—Estaría dispuesta a pagarle mil.

Abrió los ojos.

—¿Por qué vestido?

—Por todos —respondí, reprimiendo una sonrisa.

—¿Está loca?

—No, trabajo en el sector.

Crucé los brazos.

—Dos mil —replicó ella.

—Mil doscientos, pero a más no llego.

Sacó del montón un vestido suelto de los años sesenta, muy mono, con floripondios a lo *hippy* en blanco y negro y una mancha en el pecho, por desgracia, aunque esperaba poder eliminarla.

—Este no hace falta que se lo lleve. Era mi vestido favorito. Estaba en una fiesta, riéndome de un chiste tonto, y se me cayó el vino... Nunca me lo he perdonado.

—Podría intentar limpiarlo.

—Si quiere perder el tiempo... —Me lo arrojó—. Por mil ochocientos le regalo el baúl.

Señaló con la cabeza un viejo baúl de viaje plano. Tenía unos cuantos rasguños y estaba un poco desgastado, pero con aceite de oliva y zumo de limón quedaría de lo más lustroso. De todos modos yo no tenía donde poner algo tan grande, y ya no los usaba nadie.

—Dentro hay ropa —señaló—, cosas de hace mucho tiempo. Me refiero a principios del siglo xx. No, ahora que lo pienso, mil novecientos por todo.

Parecía mentira que el impulso de regatear pudiera ser tan fuerte incluso con un pie en la tumba.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Adelante.

Volvió a apoyar la cabeza en el sofá y a cerrar los ojos. Yo me puse de rodillas en el suelo de parqué, retiré una pila de *New Yorker* de encima del baúl y lo abrí. Mi nariz reconoció el típico cóctel de naftalina y moho. Había una balda superior de quita y pon abarrotada de botones, cintas, tiras de encaje, guantes blancos de seda y una sombrilla descolorida pero mona.

La parte principal del baúl estaba aprovechada al máximo. Alguien inteligente, cabía suponer que la propia señora Kelly, había metido la ropa en fundas de almohada; buena manera de protegerla. Dentro de una de las fundas encontré camisones blancos de algodón. La siguiente contenía enaguas y camisolas. En otra apareció un tesoro sorpresa: una estola con manguitos a juego, todo de piel. La estola, más o menos de un metro, tenía una cabeza y dos patas de zorro en un extremo, y en el otro la cola y las dos patas restantes. Dos ojos negros de cristal me devolvieron su mirada ausente. Los pequeños colmillos blancos parecían a punto de morder. En la estola había una etiqueta en la que ponía C.G. GUNTHER'S SONS FIFTH AVENUE NEW YORK, lo cual aumentaba su valor. Al introducir las manos en los manguitos, sentí que se me clavaba algo duro en un nudillo.

Qué raro.

Miré dentro del manguito. Alguien había arrancado el forro de raso negro por la costura y había vuelto a cerrarlo con unas cuantas puntadas irregulares. ¿Para esconder algo? ¿Un fajo de billetes?

Miré con disimulo a la señora Kelly, que roncaba suavemente con la boca abierta. ¿Me atrevería a investigar? Crucé la sala con sigilo en busca de mi bolso. Era marrón, de cuero, y había sido de mi madre; lo compró en los años setenta durante una de nuestras incursiones en los grandes almacenes Altman's. Décadas después lo rescaté del último estante de su armario. Ahora nunca salía sin aquel bolsón blando y fofo ni sin el kit de costura que llevaba dentro.

Me senté con las piernas cruzadas al lado del baúl y saqué la vieja lata de caramelos Schrafft en la que guardaba mis

enseres de costura. Usando el descosedor retiré el número de puntos suficiente para sacar el objeto que había dentro: un libro encuadernado en cuero negro.

En el reverso de la tapa se leía el nombre de Olive Westcott en pulcra letra cursiva. Di vuelta a la primera página y caí en la cuenta de que era un diario. ¿Por qué lo habían metido en el manguito?

En ese momento se adueñó de mí una sensación de *déjà vu*, como si ya hubiera hecho alguna vez lo mismo en esa misma sala. Me la quité de la cabeza y leí la primera entrada.

18 de septiembre de 1907

Hace una eternidad que tengo este diario. Me lo dio mi padre cuando cumplí doce años y nunca me había molestado en empezarlo. Ahora, a mis veinte años, por fin tengo algo de lo que escribir. ¡A partir de hoy soy oficialmente neoyorquina! Mi padre es el director del Woolworth's de la calle 34, y acabamos de instalarnos en un hotel de apartamentos de la esquina de la calle 29 y Madison Avenue. Es increíble lo espectacular y moderno que es: teléfono de larga distancia, electricidad, agua corriente caliente y fría, calefacción de vapor y —lujo de lujos— servicio diario de doncella. ¡Estoy impaciente por que empiece mi futuro!

Tuve ganas de seguir leyendo. Las aventuras de una joven recién llegada a Manhattan estaban hechas para no cansarme nunca. Podía pedirle a la señora Kelly que me lo prestase, pero ¿y si se negaba? De hecho, ¿conocía su existencia? Sería más fácil llevármelo y devolvérselo más tarde, sin haber perjudicado a nadie.

Después de comprobar que la señora Kelly seguía dormida, deslicé el diario en mi bolsón; algo totalmente impulsivo y deshonesto, impropio de mí, como si por un momento estuviera poseída.

Seguí rebuscando en el baúl. Por lo visto, habían lavado todo su contenido antes de guardarlo y estaba en buen estado, sin humedades o bichos que hubieran puesto en peligro su integridad. Encontré un vestido de encaje blanco, de los de andar por casa, que tal vez tuviera salida. A algunas mujeres les gustaba usarlos como vestido de boda. Por lo demás, no había casi nada que pudiera ser del gusto de mi clientela. Las faldas largas eran pesadas y molestas. Los camiseros, tan aparatosos, no favorecían en absoluto. Dentro de la última funda de almohada encontré lo más bonito: un vestido de raso verde precioso, con una faja morada. Lo levanté para admirarlo.

—Está en perfectas condiciones —señaló la señora Kelly.

Casi me dio un infarto. Su voz penetrante no delataba en modo alguno que hubiera estado durmiendo.

—No tanto —contesté—. La tela está muy frágil, y las manchas de sudor de las axilas no se irán de ninguna manera.

—Podría ponérselo ahora mismo e ir a cenar al Plaza.

—Lástima que lo hayan cerrado para reconvertirlo en apartamentos.

—Cada día está peor el mundo —afirmó ella con una media sonrisa—. Tengo suerte de irme ya.

Suspiré, por conmiseración y para aliviar mi veredicto. La ropa de antes de los años veinte se exponía más que se llevaba. Casi era una crueldad dañar telas y adornos de tal delicadeza introduciendo un cuerpo en ellos. A mí me habría puesto nerviosa dejar que se la probaran mis clientas.

—Por lo general, no me llevo cosas tan antiguas. Personalmente la ropa de esta época me encanta, pero al tipo de clientela que acude a mi tienda no le interesa.

Prefería dedicarme a ropa de entre los años treinta y los sesenta, y solo a piezas que me gustaran de verdad. Me atraían muy en especial los minivestidos, las botas *gogo* y los piratas negros. Es curiosa el aura seductora de nostalgia con la que nos llaman los estilos de la época de nuestros padres. A mí las modas surgidas después de los sesenta nunca me habían impresionado con la misma fuerza que las de las décadas anteriores. A los setenta prácticamente los arruinó el poliéster, un

material que con toda probabilidad sobrevivirá junto a las cucarachas después de que a la humanidad se la lleve el calentamiento global o bien la siguiente Edad de Hielo, en función de lo que caiga antes.

—Dame dos mil por todo y lo zanjamos —manifestó la señora Kelly.

¿Ya volvíamos a estar en los dos mil?

—No, lo siento.

—¿Me está diciendo que esta ropa tan bonita no los vale aun siendo más antigua?

—Algo vale; a veces mucho, pero es que no tiene buena salida. Mire, ¿sabe qué podemos hacer? Me llevo los otros vestidos por mil doscientos y lo del baúl me lo quedo en depósito. Si se vende, repartimos las ganancias. El baúl en sí puede quedárselo, yo no tengo sitio.

—¿Cómo nos lo repartiríamos?

—Sesenta y cuarenta.

—¿Sesenta para mí?

Sonreí.

—Para mí.

En eso no transigiría.

—Bueno, pues lléveselo —dijo ella como si todo se hubiera convertido en basura—. Yo no quiero volver a verlo.

—Antes de irme haré un inventario de las prendas en depósito, y usted tendrá que firmarme el acuerdo estándar.

—Pues venga —dijo y apuntó con el mando a distancia hacia el televisor—. Haga lo que tenga que hacer.

Mientras ella veía *The View** levanté inventario por escrito de toda la ropa del baúl, cumplido lo cual le hice entrega de la lista junto con una copia de mi contrato y un bolígrafo. Ella se puso las gafas y leyó hasta la última palabra del documento antes de firmarlo. La lista no se molestó en comprobarla.

—Ahora podré llevarme algunas cosas —le dije—. ¿El resto podría mandármelo a la tienda?

* Programa matinal estadounidense de la cadena ABC que se emite desde 1997 (*N. del T.*).

—Le pediré a mi nieto que lo haga.

—Le estaría muy agradecida —respondí, procurando que no se viera el diario al abrir mi bolsón. Metí el vestido entallado, el del escote en «U», la estola y por encima de todo los manguitos—. Cuando venga le daré un cheque por la cantidad que falta. Tenga, una tarjeta con mis datos.

—Ya sé dónde está —afirmó ella, despidiéndome con un gesto de la mano.

—Bueno, pues nada. —Empecé a salir. Estaba claro que no iba a decirme adiós, así que añadí, para no tener la sensación de dejar nada a medias—: Encantada de conocerla.

En vista de que el nieto no daba señales de vida, intenté abrir la puerta principal, pero estaba cerrada con llave. Giré el cerrojo, seguía sin abrirse. En ese momento reapareció.

—Ya te abro.

—No, tranquilo, si ya sé.

Giré el cerrojo de abajo, pero nada, no se abría la puerta. El nieto volvió a ponerlo como antes. Esta vez se abrió.

—Ya está.

—Gracias —dije.

Aun sabiendo que era pura educación, habría preferido que me hubiera dejado hacerlo a mí.

—Cuídate.

Asentí.

—Lo mismo digo.

Cerró la puerta a mis espaldas mientras yo me dirigía al ascensor, cruzando el pasillo de decoración «impresionista».



OLIVE

—¿Alguna noticia interesante? —pregunté mientras untaba el pan con una fina capa de mantequilla.

—No muchas —respondió mi padre al otro lado del periódico—. Parece que se ha animado un poco la Bolsa. Se habla mucho de recuperación.

Eché un poco de mermelada sobre la mantequilla.

—No es la primera vez que lo dicen.

Solo hacía dos semanas que nos habíamos mudado a Manhattan. Veníamos de Cold Spring, más al norte, a unas dos horas en tren. Lo que más me gustaba de vivir en nuestro nuevo apartotel era que nos subieran cada día el desayuno en un montaplatos. Huevo duro, cesta de pan, cafetera, mantequilla, mermelada, el *Sun* y un jarroncito con flores frescas. Ni un solo esfuerzo más allá de llevar la bandeja hasta la mesa.

—El mercado, en todo caso, ha cerrado bien —afirmó mi padre, doblando el periódico.

—Esperemos que marque una tendencia.

—No te apures, Olive, que pronto nos quitaremos de encima a los bajistas.

Para mi padre, como para tantas otras personas, marzo había sido un mes de pérdidas en Bolsa. Yo desconocía la cantidad exacta, ya que casi nunca divulgaba los detalles de sus inversiones; pero tenía la más absoluta confianza en su pericia. Siempre había sido de una responsabilidad irreprochable en lo referente a nuestra economía. Su sueldo como director de Woolworth's oscilaba en torno a diez mil dólares al año, más que suficiente para que viviéramos con desahogo.

No teníamos motivos para temer por el futuro. Ahora que todos estaban preocupados por la economía, era un momento inmejorable para dedicarse a la venta de productos baratos. El imperio Woolworth prosperaba más que nunca.

—¿Tienes algún plan especial para hoy? —me preguntó—. ¿O harás otra vez el inventario?

Era como se refería a mis frecuentes visitas a los grandes almacenes. Podía pasarme horas analizando productos y comparando precios.

—Pues mira, ahora que lo dices —contesté con el más eficiente de mis tonos—, tengo que inspeccionar más mercancías.

—Francamente, deberías darte el gusto de comprar un nuevo vestido para la cena del mes que viene.

—Muy generoso, mi querido padre, pero ya tengo varios vestidos preciosos.

Frank Woolworth organizaba una fiesta en su mansión de la Quinta Avenida, con mi padre en el papel de invitado de honor. Sería una ocasión inmejorable para conocer a los ejecutivos neoyorquinos. Sin embargo, mi padre parecía más interesado en que yo alternase con los buenos partidos que pudieran acudir a la fiesta. No es que yo tuviera nada en contra de conocer a alguien que me hiciera volar, pero a juzgar por mis experiencias anteriores seguiría con los pies en el suelo. Nunca había estado enamorada, ni tenía la seguridad de que llegase el día en que algún hombre despertase sentimientos de aquel género en mí.

A decir verdad, tampoco yo había interesado a los chicos de Cold Spring como para que alguno se enamorara de mí. Tal vez fuera demasiado alta, o me condenasen mis ansias de demostrar que era la más inteligente, en vez de coquetear amablemente, como se esperaba que hiciera.

—No es por darte la lata, Olive, pero siendo tan guapa parece que no quieras que nadie se fije en ti.

—Solo te parezco guapa porque soy tu hija —repliqué con un mohín.

—No digas tonterías. Te pasas de modesta. Además, la mejor manera de ganar seguridad es un nuevo vestuario.

Disfruta un poco de tu nuevo estatus de joven damisela en Nueva York.

Se aferraba a la idea de verme convertida en una ingenua con todos los pertrechos a la moda. Yo prefería la sencillez de un conjunto de falda y blusa. Me importaba más estar cómoda que aparentar. Prescindía del corsé. No tenía sentido embutirme en lazadas y ballenas, y menos con un cuerpo como el mío, similar —por lo que me habían comentado— a un fideo, como se suele decir.

—Muy amable —contesté—, pero no necesito ir de compras para sentirme bien conmigo misma.

—Me alegro de que no todos mis clientes piensen como tú. Por cierto, tendría que ir vistiéndome, no vaya a llegar tarde.

Mi padre se fue rápidamente a su habitación. Yo me serví otra taza de café. No había ninguna duda de que crecer cerca del Woolworth's dirigido por papá había quitado un poco de emoción a ir de compras. Durante varios años, los fines de semana o al salir del colegio solía ofrecirme voluntaria para echar una mano cuando había mucha concurrencia o estaba enferma alguna de las dependientas. Me gustaba la sensación de estar ocupada. Supongo que me hacía sentir superior a los clientes, que tan vulnerables parecían al recorrer los pasillos en busca de gangas y tesoros baratos.

Prefería mucho más el trabajo en la tienda, por su practicidad, que los estudios. Cuando terminé el instituto, mi padre me convenció para que pasara un año en la escuela de la señorita Hall, un internado de Lenox, Massachusetts, donde muy a mi pesar me sometí a clases de buena conducta, historia del arte y cómo poner correctamente la mesa; disciplinas, todas ellas, muy femeninas. Acabé con una lección mejor aprendida que ninguna otra: mi falta de talento para las artes domésticas. Volví a casa con la seguridad de que me sería mucho más fácil triunfar en la gestión de un negocio que en la de un hogar.

Ahora quería saber más de cómo pensaban los clientes. ¿Por qué algunos objetos eran tan deseables que había quien vivía insatisfecho sin ellos? ¿Por qué perdían tan deprisa su

encanto las compras ya adquiridas? ¿Repetía la gente de forma compulsiva aquel ritual a pesar de lo efímero de la satisfacción... o precisamente a causa de ello?

Mi padre volvió abrochándose los gemelos. Apostada en la puerta con su sombrero de fieltro y su abrigo, no pude contener mi orgullo al verlo tan rumboso, tan delgado y guapo a sus cuarenta y dos años, con una recia y ondulada cabellera marrón y un físico pletórico de salud. Pese a mis ganas de contentarlo, jamás lograría responder a su idea de cómo debían ser las señoritas. Se habría llevado un buen disgusto al saber que me interesaba más encontrar un empleo que un marido.

—Me preocupa que pases tanto tiempo sola —afirmó, moviendo los hombros para ponerse el abrigo—. Es una pena que ya no tengamos familia en Nueva York. Localizaré a algunas de mis antiguas amistades, por si se diera el caso de que pudieran presentarte a gente joven.

—Ya me lo habías prometido —comenté con cariño, a la vez que le daba el sombrero. Mi padre había pasado su infancia y juventud en Greenwich Village, pero hacía más de veinte años que había perdido el contacto con su viejo círculo, cuando se fue a vivir fuera de la ciudad—. De mí no te preocupes, por favor. Ya sabes cuánto me gusta estar aquí.

—Quizá no sea todo como te lo imaginas —subrayó, lanzando una mirada al espejo de la puerta para atusarse el bigote.

—Aún no he tenido muchas ocasiones para averiguarlo.

—En todo caso —dijo mientras me daba un beso en la frente—, si esta noche no vuelvo demasiado tarde saldremos a cenar a algún sitio bueno.

—Suenan fenomenal.

Tras cerrar la puerta me senté y seguí leyendo la sección de «Ofertas de empleo para mujeres». Recorría las listas vacilando entre el optimismo y el derrotismo. Mi padre no se equivocaba del todo respecto a mi soledad. Pese a estar rodeada por millares de personas, empezaba a sentirme un poco aislada, y no me parecía que la solución pudiera encontrarse en los actos sociales. Ya se resolvería el problema por sí solo en cuanto pusiera en movimiento mi vida laboral.

Por desgracia, los anuncios clasificados resultaban tan poco alentadores como mis amoríos. Entre las listas de estenógrafas, obreras y telefonistas había anuncios que pedían vendedoras, pero yo aspiraba a algo más alto que a colocarme detrás de un mostrador. Tenía la esperanza de llegar a ser encargada de compras en unos grandes almacenes. Sabía, por mi lectura del *Dry Goods Weekly*, al que estaba suscrito mi padre, que entre los encargados de compras había muchas mujeres, y que era el trabajo mejor pagado de los que se le permitían ejercer al sexo femenino. Aunque yo no me considerase apta para ocupar directamente un cargo de tales características, seguro que alguien buscaba una ayudante. Desde el principio de mi búsqueda, no obstante, aún no había encontrado un solo anuncio de ayudante de encargado de compras.

Por fin esa mañana mi vista fue a parar a un anuncio que era como un grito dirigido a mí: «Se busca ayudante de encargado de compras para sección de blusas. Razón en los grandes almacenes Macy's».

Me imaginé reunida con un viajante de Chicago que me enseñaba las blusas para la próxima temporada. Después de la reunión hablaría con el redactor sobre los nuevos anuncios para la circular y, por último, me enteraría de si podía ir a Europa en el siguiente viaje de compras.

Claro que no podría hacer nada de eso mientras no saliera de mi mundo de ensueños y consiguiera aquel maldito trabajo. Fui a llenar la bañera. Mientras brotaba un chorro de agua por el grifo, con su reluciente baño de níquel, pensé en nuestro horrible lavabo de Cold Spring. La bañera, una antigualla revestida de estaño, estaba empotrada en una caja de madera que representaba en mi mente un ataúd, y el suelo de linóleo siempre parecía sucio, por mucho vigor que se pusiera en fregarlo. Ahora podía disfrutar de un buen baño en una bañera limpia de porcelana. Las paredes de baldosas blancas relucían, el agua se calentaba casi al momento y en la puerta había un espejo de vidrio de los de cuerpo entero.

Del espejo, francamente, habría podido prescindir. Siempre me había sido fácil evitar la visión de mi cuerpo desnudo,

que ahora, sin embargo, entreveía a la menor ocasión. Nunca me había encontrado a gusto sin ropa, ni tenía memoria de que me hubiera visto otra persona así. Incluso mi médico me había dejado que me quedara siempre con la enagua y la camisola. De igual modo, jamás había visto a otra persona desnuda. De no ser por los museos no habría tenido la menor idea de qué se escondía bajo los calzones de un varón.

Mientras disfrutaba del agua caliente debatí en mi fuero interno sobre lo que me pondría para la entrevista, y me decanté por un elegante vestido azul marino y un bolero a juego con un ribete de encaje blanco. Gracias a la señorita Hall sabía presentar un aspecto refinado en caso de necesidad. El entrevistador vería a una joven alta, quizá no guapa pero sí bien parecida, con buen gusto y bien educada.

Una vez vestida y lista para salir, toda mi seguridad se convirtió en una angustia atroz. Fui directa a mi cómoda, donde tenía escondido un diario dentro de un manguito que había pertenecido a mi madre.

2 de octubre de 1907

Por fin voy a mi primera entrevista de trabajo. No tengo que dudar de mí. ¿Por qué diablos no van a contratarme? Me sobran aptitudes, como debería quedar claro a simple vista. Basta con que esté tranquila y no sea tan boba.

Bajé en ascensor a la recepción del Mansfield, cuyo suelo era de mármol. El portero, un hombre pelirrojo, me dio los buenos días.

—¿Un taxi, señorita?

—No, gracias.

Siempre me preguntaba lo mismo, a pesar de que yo aún no había pedido una sola vez un coche. Quizá le pareciese mal que una mujer joven caminara a solas por la ciudad. O quizá fueran imaginaciones mías, por no estar acostumbrada a tanta

libertad. De todos modos, era absurdo preocuparse por lo que pensara el portero.

Pasé junto al Madison Square Garden, mientras el viento hacía chasquear las banderolas que anunciaban un espectáculo ecuestre. Probablemente hubiera sido más acertado llevarme un paraguas. Todo el cielo eran nubes de lluvia que tapaban el sol. Al llegar a la siguiente esquina, ocupada por una majestuosa iglesia, me acordé de que aún debía contestar a la última carta de la tía Ida, en la que preguntaba a qué iglesia habíamos decidido asistir mi padre y yo. Mi piadosa tía, la hermana pequeña de papá, había vivido con nosotros desde el fallecimiento de mi madre. No podía confesarle que no nos habíamos tomado la molestia de ir a misa ni una sola vez desde que estábamos en la ciudad.

Justo delante, se elevaba hacia el cielo el esqueleto de acero de la torre Metropolitan, destinada a ser el edificio más alto del mundo. Como la acera estaba obstaculizada por las obras, con bloques de mármol y de acero, crucé la calle y atajé por Madison Square Park.

Antes de ver a la mujer oí sus voces. ¿Le pasaba algo? Al girarme me di cuenta de que estaba pronunciando un discurso. La vi en un podio, frente a un público reducido. Llevaba un traje sastre blanco y un sombrero de grandes plumas amarillas. Tras ella una pancarta, también amarilla, pregonaba: VOTO PARA LA MUJER.

—¡Os imploro que no acalléis las voces de vuestras esposas y madres, que tanto os aman!

Observé a la multitud, compuesta casi enteramente de hombres, y me pregunté si serían sensibles a sus palabras.

—No les neguéis a vuestras hijas el derecho básico que merece cualquier ciudadano de este país.

A mi lado, un joven arrojó un corazón de manzana que pasó volando junto a la cabeza de la oradora. Esta última siguió como si nada.

—¡Si no os unís a la lucha todo continuará como hasta ahora! ¡Tenéis el futuro en vuestras manos!

No parecía justo que fueran los hombres los únicos que pudieran conceder el derecho de voto a las mujeres. ¿Por qué tenía que estar nuestro futuro en sus manos?

En el momento de la conclusión la oradora levantó el puño.

—¡Dadles a las mujeres el poder de votar!

Hubo quien se burló, pero la mayoría del público aplaudió educadamente. Mientras se dispersaban continué hacia Broadway, eufórica por vivir en el centro de todo. Mi padre siempre se quejaba de que la ciudad había decaído desde su niñez, pero a mí nuestro barrio me parecía igual de hermoso que cualquier bulevar de París. No es que hubiera estado en París, pero la señorita Hall nos había llevado con la clase al museo de arte de Pittsfield para ver a los impresionistas franceses. Mi mejor amiga, Daisy, hablaba con fervor de la belleza de los cuadros. Daisy estaba dotada para el dibujo y anhelaba ser una artista de las de verdad.

Daisy... Qué pena no tenerla a mi lado. En el internado de la señorita Hall habíamos sido inseparables. Nuestra amistad estaba dominada por la compensación: ella era baja y yo alta; ella creativa y yo práctica; ella hija de viuda y yo de viudo. Albergábamos grandes ideales sobre la igualdad de las mujeres, inspirados en escritoras como Charlotte Perkins Gilman y Harriet Martineau. Habíamos planeado independizarnos juntas, para lo que sería necesario convencer a nuestros padres de que nos permitiesen compartir un apartamento en Nueva York. Rechazaríamos la tiranía del matrimonio y volcaríamos toda nuestra energía en el trabajo. Ella sería una gran artista, mientras yo triunfaría como empresaria.

Me paré al final del parque, disponiéndome a atravesar la calle; en el cruce donde la Quinta Avenida se junta con Broadway, delante del Flatiron. Todo eran bocinas, campanas y chasquidos de fusta. Finalmente se produjo un respiro en el tráfico, y bajé de la acera. A mi derecha, aprovechando la pausa, un carruaje cargado de turistas salió de su estacionamiento. Salté hacia atrás, al mismo tiempo que el cochero frenaba. El guía, sentado en la parte superior, con los turistas, lanzó una exclamación por el megáfono que lo acompañaba.

—¡Venga, señorita, un poco más de garbo!

No supe si lo decía por educación o por ganas de ver si llegaba con vida al otro lado.

Me lancé a la calzada, asegurando el sombrero contra mi cabeza, mientras esquivaba una carretilla que venía por la izquierda, un carro de reparto por la derecha y un montón de estiércol de caballo a mis pies. Tras llegar victoriosa al otro lado, me sumé a los peatones que desfilaban por Broadway. Tuve que apretar el paso para no quedarme rezagada.

Después de graduarnos en la escuela de la señorita Hall, Daisy se pasó todo el verano viajando con su madre por Europa. Con el otoño en puertas, recibí una carta de disculpa en la que me decía que tendríamos que posponer nuestros planes de vivir en Nueva York. Se le había presentado la oportunidad de estudiar arte en Londres durante un año, en la prestigiosa Royal Academy. Yo me quedé encantada por ella, y desolada por mí. Ahora, pasado ya un año, Daisy seguía afincada en Londres, y no había enviado nuevas disculpas. Nuestra conspiración para compartir un apartamento en Nueva York había sido una bonita, pero solo pasajera, fantasía.

Me estaba acercando rápidamente a la calle 34. Consciente de que el Woolworth's de mi padre quedaba cerca, sucumbí al impulso de buscar furtivamente su rostro entre la multitud, aun a sabiendas de lo muy improbable que era un encuentro fortuito. Después de cruzar la ancha avenida, me uní a un grupo de mujeres que entraba por la doble puerta de Macy's. En el punto de información había un hombre de mejillas sonrosadas. Le pregunté cómo se iba al despacho de contrataciones.

—Suba a la cuarta planta por la escalera rodante —respondió—, después vaya al fondo del establecimiento y cruce la puerta verde.

Le di las gracias y fui directamente a la escalera mecánica, pero me desvió la tentadora voz de un tenor que interpretaba una canción popular. La seguí hasta el mostrador de música, donde un apuesto joven con esmoquin negro cantaba acompañándose al piano.

Come away with me, Lucille, in my merry Oldsmobile...

A mi padre le habría gustado la canción. Fue el primero en todo Cold Spring que se había comprado un automóvil. La misma semana en que el herrero había instalado un surtidor de gasolina, mi padre había ido a Poughkeepsie sin perder ni un minuto y se había comprado un *runabout*, que seguía detrás de nuestra casa, bajo la puerta cochera. Yo sabía que le había costado separarse de su juguete favorito.

Down the road of life we'll fly, automobubbling, you and I...

A mi lado, dos mujeres no dejaban que la música interrumpiera su conversación. No pude evitar oír lo que decían.

—Mi marido está que trina con lo de la Bolsa —comentó la que llevaba una pamelita con frutas artificiales—. Se pasa el día amenazando con que nos iremos a vivir al extrarradio si no sube pronto.

To the church we'll swiftly steal, then our wedding bells will peal...

—¿Y tú te irías? —preguntó la otra, que llevaba una toca con plumas de garceta.

—Antes me suicido.

Ambos sombreros oscilaron en señal de aquiescencia.

You can go as far as you like with me in my merry Oldsmobile...

Me habría gustado quedarme y admirar al apuesto cantante, pero la mañana pasaba muy deprisa, así que hice un esfuerzo y fui derecha a la escalera rodante para emprender mi viaje a la cuarta planta.